

Universidades en Artes en América Latina: orígenes, tensiones y devenires

Sandra Torlucci, rectora de la Universidad de las Artes en Buenos Aires, Argentina, y Ramiro Noriega, rector fundador de la Universidad de las Artes en Guayaquil (2015-2020), Ecuador, dialogan alrededor de los significados de los proyectos universitarios de las artes en Ecuador y Argentina, sobre el contexto regional, haciendo alusión al momento histórico en el cual estos proyectos fueron creados. Evocan también los desafíos que presentan estos proyectos. Quien realiza la entrevista, Pablo Cardoso, es el director del Instituto Latinoamericano de Investigación en Artes (ILIA), y funge como editor adjunto del presente número de la *Revista F-ILIA*.¹

Pablo Cardoso: Sandra, ¿qué ha significado su experiencia profesional en la creación de la Universidad de las Artes en Argentina?

Sandra Torlucci: En lo personal participé primero como decana de un departamento del viejo instituto universitario y, luego, a partir de 2014, en la creación de la universidad que fue un punto de inflexión porque, justamente, la idea de trabajar en una universidad que se integrara plenamente al sistema de educación superior argentino y latinoamericano, colocó a las artes dentro del mapa de las distintas

¹ Entrevista disponible en línea: <https://soundcloud.com/user-979859888/entrevista-universidades-en-artes-en-america-latina-origenes-tensiones-y-devenires>

disciplinas y de la producción de conocimiento en una escala nacional, latinoamericana e internacional.

En lo particular, esta experiencia generó un desafío muy profundo, era una cuestión muy resistida la idea de crear una universidad en artes, era un asunto profundamente complejo: entablar una relación con el sistema existente con la CONEAU, con el Consejo Universitario internacional, inclusive con el Ministerio de Educación Superior y, en general, con el sistema público. El desafío fue político, fue epistemológico. Fue un gran trabajo que se realizó y que permitió que todo el sistema de educación superior cambiara su mirada hacia la educación en artes.

Personalmente, la academia desligada de lo artístico y lo político no me interesa. Esta confluencia generó un crecimiento personal muy grande. Inclusive cambiaron mis objetos de estudio y mis proyectos de investigación: un trabajo político, académico, epistemológico, afectivo que implica la conducción de la universidad.

En mi interés por las cuestiones de género, sostengo que la UNA fue masculino y hoy la UNA es trans. En este sentido, el proyecto universitario se vinculó fuertemente con mi interés en las cuestiones de género desde una perspectiva de igualdad. Me interesa trabajar el género como un principio fundamental de igualdad. También me interesa la dimensión interseccional del género con la cuestión de clase, con la cuestión de raza. Y la universidad se transformó en ese sentido, en un espacio que permitió que las artes favorezcan esa igualdad, luchen contra la subalternancia y trabajar en un principio transversal de producción de conocimientos.

PC: Ramiro, en esta narración de los cambios personales y con tu variada experiencia profesional universitaria, gubernamental, diplomática, ¿qué significó este desafío de liderar la construcción de este proyecto universitario en Ecuador?

Ramiro Noriega: En mi caso, yo me siento muy afortunado. No es usual la creación de universidades, y peor de universidades en artes. Esta fue la primera vez que se creaba esto, y espero que no sea la última. Me parece que, así como hay diferentes politécnicas, es importante pensar en unas instituciones prolíficas y heterogéneas y no dar cabida a una idea homogénea de la educación en artes. La educación debe ser siempre plural, un camino de investigación, de innovación.

Yo tenía una experiencia universitaria en mi ejercicio profesional; por las condiciones en Ecuador fue en una universidad privada, de la que participé en su creación. Entonces, eso fue configurando un espacio, digamos, ecléctico. ¿Cómo comprender qué es la educación en términos culturales para un país como Ecuador? En estos ámbitos, creo que fue la política la que aclaró ese vector, no vino ni de los claustros académicos ni artísticos. Este decantamiento de tensiones vino precisamente del campo político ecuatoriano, no se puede entender sin el levantamiento indígena de 1990, cuando hay un punto de quiebre contundente en términos de lo que pensábamos que era la nación.

Con el levantamiento indígena aparecen una cantidad de temas que no se los trataba de manera profunda y sensible. Eso hace que la última década del siglo XX haya sido para los educadores, los artistas, un espacio para afinar problemas, preguntas y eventualmente soluciones. El otro dato que yo creo que es también sugerente es que esa práctica política fue una práctica política en lo ciudadano. O sea, no viene articulada necesariamente con un partido político o una organización política establecida. Hay que recordar que en el Ecuador los actores políticos estuvieron, y en alguna medida están todavía, en una gran conmoción con lo que respecta o supone es el papel de las organizaciones políticas en el juego democrático por la justicia social. No, nosotros vinimos del campo de las prácticas ciudadanas. Pero fue en el terreno, en las comunidades donde aprendimos más

en el fondo. Y esa política ciudadana es la que condujo finalmente el gobierno de Rafael Correa, llamado el Gobierno de la Revolución Ciudadana, a formular unos marcos distintos de pensar la nación y por lo tanto de pensar la educación, de pensar la cultura y forzosamente de pensar el campo artístico.

Para mí esta ha sido una experiencia llena de desafíos, forzosamente, como bien decía Sandra, sobre los campos de estudio, por ejemplo, interrogando a veces esos momentos de soledad y de endogamia que suele suceder en el campo de mi investigación más académica, más teórica que es quizá al que yo pertenezco. Porque yo vengo del campo de la teoría literaria.

Esto ha significado una transformación de lo que yo personalmente he entendido que es el campo de los conocimientos, que se ha ampliado de una manera muy rotunda y bella. La universidad a la que pudimos contribuir con nuestro contingente, sintomatiza esa transformación, en la que procuramos dar lugar a una dinámica, a un espíritu en movimiento que debía ser forzosamente crítico, que debía atender los desafíos naturales de la ciudadanía, de la sociedad ecuatoriana.

Por lo tanto, lo que instalamos fue una universidad que hacía de la política educativa, no solamente un dispositivo que trasladaba o intentaba trasladar unos conocimientos, sino que se entendía como una universidad política en el mejor sentido de la expresión. Y de allí que la universidad aparezca, no solo como un elemento singular, sino como un elemento que supone nuevas tensiones en el sistema de conocimientos del Ecuador. Y creo que esa situación de la Universidad de las Artes del Ecuador es congruente con el espíritu del levantamiento indígena de 1990.

PC: Nos hemos adentrado en el tiempo político en el que nace la Universidad de las Artes en el Ecuador, y tomando esta referencia quisie-

ra preguntarte, Sandra, si pudieras hacer una analogía o paralelismo en el caso argentino. ¿En qué momento surge este nuevo proyecto universitario del 2014 y qué significado le da al proceso de construcción universitario?

ST: El momento fue muy importante porque fue coincidente con una política de estado del gobierno de la presidenta Cristina Kirchner, que tenía en su planificación de país la necesidad de construir un sistema universitario más amplio que pudiera contemplar geográficamente la cantidad de universidades necesarias de acuerdo a la población, para una política inclusiva de acceso a la educación superior igualitaria de calidad. En ese momento se crearon diecisiete universidades.

Se crea UNA para completar una planificación de expansión del sistema. En Argentina tuvimos dos antecedentes importantes en relación con esta idea de la educación superior: una para una política de justicia social igualitaria, para el acceso a los estudios superiores, porque eso genera la posibilidad de movilidad social. El primer momento es el de la reforma del 18. Es la época, digamos, en la que se produce la reforma en toda Latinoamérica.

Y luego, el momento de la gratuidad de los estudios universitarios en el 49 en la presidencia de Perón, que tenía también la misma visión en relación con la necesidad de que los hijos y las hijas de los trabajadores —en esa época era mucho más difícil para que las mujeres accedieran los estudios universitarios— accedieran a estudios universitarios para poder generar principios de igualdad.

En la época de los gobiernos de Néstor y Cristina Kirchner lo que se abre es un proceso de planificación mayor del sistema universitario y se contempla esa necesidad de acercar las universidades a los pueblos que no tenían acceso, entonces se crean diecisiete universidades. En ese proceso de repensar el sistema universitario, de democratizarlo, de acercarlo a los territorios, es decir, a los lugares

donde estaban emplazadas las universidades, se genera también la posibilidad de crear la Universidad Nacional de las Artes. Se presentó un proyecto de ley directamente al secretario de Políticas Universitarias de ese momento en Argentina, que era Martín Gil, y él se lo acerca a la presidenta, que lo presenta directamente como proyecto al Senado de la Nación, donde se aprueba por unanimidad. Este proceso dura un año aproximadamente. Esa unanimidad nos costó mucho trabajo porque en Argentina tenemos un sistema más napoleónico y debimos explicar el sentido de juntar todas las artes en una universidad.

La profunda ignorancia del sistema en relación con las artes nos llevó a tener que explicitar y evidenciar que las artes no son una sola disciplina, porque existía en la legislación nacional una explícita excepción en la Ley de Educación Superior que la condición para ser una universidad es que no fuera de una sola disciplina. Y la ignorancia en relación con las artes, como forma de producción de conocimientos, hacía pensar a varios legisladores que las artes eran una sola disciplina.

Mucho de ello debido a la apelación de Instituto Universitario Superior del Arte, arte en singular y en masculino. Entonces, ahí básicamente se dio todo un proceso de argumentación que requirió mucho estudio. Y ahí es donde nos pusimos a investigar —todos académicos que en realidad nos dedicábamos a la sociología o a la semiótica, la literatura, la filosofía— sobre la necesidad de argumentar lo que significan las artes como una forma de producción de conocimientos diferentes, que no son una disciplina científica, sino que son un conjunto de disciplinas que no siempre tienen que ver específicamente con lo científico y que justamente ese diferencial es positivo.

La aprobación de la ley de la Universidad también fue parte de un proceso de revisión del sistema universitario; sin esa predisposición de la política de revisar una serie de prejuicios académicos no

hubiera sido posible crear la Universidad. De hecho, no había podido ser en los noventa que acá fueron distintos que en Ecuador, porque en los noventa acá fue la primera etapa del neoliberalismo democrático: el primer presidente neoliberal elegido en elecciones democráticas en Argentina, y verdaderamente fue terrible. Fue un impacto muy negativo el que se produce en términos del gobierno, y que por suerte no afecta lo que sería la política de resistencia en la educación que se generó en los noventa, movimientos en los que incluso participé, y que, de hecho, estuvieron a cargo de la defensa de la educación pública. Esos movimientos de defensa de la educación pública tuvieron protagonismo y su discurso fue muy escuchado

Con el retorno de la democracia popular en 2003, Argentina empezó con estos procesos de modificación de la educación. Se creó la Ley Federal de Educación, que destinaba un porcentaje del PIB al financiamiento educativo y por supuesto esta replanificación y revisión del sistema universitario. Así que la creación de la UNA hubiera sido imposible sin este momento político.

Entonces, estaba reformándose la UNA, nacía la UArtes en Ecuador, el Instituto Superior de Artes de La Habana de Cuba estaba en proceso de devenir universidad. Al mismo tiempo, Venezuela vivía el desarrollo de la Universidad Nacional Experimental de las Artes. Entonces, en ese momento, el contexto fue permeable para generar esta creación.

PC: Ramiro, quisiera conectar con lo que nos cuenta Sandra. Este momento, esta ola progresista que llega a América Latina y que de alguna manera permite el surgimiento de estos nuevos proyectos universitarios, pero que a veces no alcanzaba. Existen rigideces epistemológicas, incomprendiones y rigideces institucionales a las cuales se enfrenta el proyecto de la Universidad de las Artes. Coméntanos al respecto, ¿cómo fue el trabajo para enfrentar esta situación?

RN: En el fondo lo que ha sucedido en estos países da cuenta, tanto la UNA como en la UArtes, suceden especificidades nacionales. Pero es muy importante recordar que hay unos ejes que superan ese espacio nacional. Ahí es cuando se habla de la Patria Grande. En realidad, ahí hay un sentido, allí vibran todavía de muchas formas, vibra José Martí, vibra Rodó, vibra Violeta Parra, vibra en otras sensibilidades que no es que no reúnen nada.

Entonces, yo creo que ahí hay una prospectiva de futuro que se instala y que se podría leer de una manera más interesante, lo que significa la creación de estas universidades, que no es solamente creación de universidades sino es el decantamiento y visibilización de algunos temas que son muy importantes. Se crean las universidades porque hay unos movimientos sociales, hay unas discusiones políticas, hay unas reflexiones filosóficas, también en el campo artístico.

Lamentablemente en el Ecuador, como en muchos países de occidente, el arte fue cooptado por el neoliberalismo, y se convirtió en un espacio burgués. Y al artista se le desprendió, no voy a decir que su responsabilidad social, pero sí voy a decir, pensando en Walter Benjamin, de su espesor histórico. La obra de arte fue acomodada en un lugar estético más cómodo. Salvo, naturalmente, las excepciones de artistas y obras que tensan la vida de los pueblos. La idea de las artes y la idea de la producción artística y la idea del artista en el siglo XX es una situación muy compleja. Yo diría que, volviendo al levantamiento indígena, eso vuelve a politizar lo que es la creación en lo sensible. Ya ni siquiera de las artes, sino la creación subjetiva, la creación más allá de las formalidades de la razón pura.

Ahí sucede algo que es muy importante en términos del alimento del futuro. Yo podría decir, la Universidad de las Artes, si uno revisa tanto la expedición de la ley, que es muy breve, pero que recupera algo que es sustantivo y que nos ha sido muy útil para prevalecer a pesar de las horrendas disputas políticas que la universidad ha debi-

do pasar en este año 2020. Sobre todo, por las discusiones y responsables de un gobierno decididamente neoliberal, la Universidad de la de las Artes se configura a partir de esas discusiones: la primera es la discusión de la educación, es decir, ¿por qué tener educación pública? Yo creo que ahí el trabajo que hizo en la primera legislatura del gobierno de Correa es muy importante. La educación pública cumple un papel en la transformación de nuestras sociedades.

En segundo lugar, ¿qué hacen las artes en términos de la educación superior? ¿Para qué estudiar artes? Sabemos perfectamente que uno de los pasos que había que dar es considerar la relación de la educación artística con la producción de conocimientos. O sea, no dejar al arte desprendido. Es decir, sacarlo del *comfort*, de ser un adorno que tenemos en la sala de la casa y volver a colocarlo en el sentido de la historia, en el tramo de la disputa de los pueblos, en el tramo de las disputas simbólicas. Entonces, ya no es las artes simplemente en el campo de las disciplinas, sino las artes en relación con la vida de las personas. Es las artes en relación con la producción de conocimientos en todos los ámbitos, sean estos las ciencias sociales, la filosofía, la historia, las humanidades, las ciencias, las tecnologías. Entonces las artes, a través de la creación de estas instituciones, ocupan de una manera diferente los sistemas de educación. Algunos habrían preferido que estas universidades simplemente cambien de nombre, que sigan siendo los altares de una forma de estar y ser de la obra de arte y de los artistas como la habíamos conocido antes.

Me adelanto diciendo que los que más se benefician de estas universidades son los sistemas de educación tradicionales porque si algo, en términos educativos, la educación en artes transforma son las metodologías, tiene una capacidad de formulación de nuevas formas, tiene una capacidad de mejorar las preguntas y tiene también una capacidad de volverlas realidad. Y eso es lo que le hacía falta al sistema de educación que recibimos del siglo XX: un sistema de

educación conservador, que sirvió a las élites, que no contribuyó forzosamente en términos generales a la justicia social.

PC: Sandra, quisiera oír tu perspectiva al respecto de esta problematización, que tiene mucho que ver con el rol del arte como generador de nuevo conocimiento. ¿Cómo esto desafía a lo instituido en nuestra Latinoamérica y en general en el mundo?

ST: Tenemos muchos puntos en común que nos ha permitido trabajar muy bien entre las dos universidades. Básicamente, esa deconstrucción de lo que significa el arte. Ese arte en mayúsculas, en singular, en masculino, como decía, que es el arte liberal, que es el arte por el arte. El arte que de alguna manera inclusive ayuda a identificar a las clases acomodadas, a lo que en Argentina se llama la civilización en contraposición con lo que también aquí se llama barbarie. Alguien que no tiene cultura no accede al arte, a esa forma de arte. Entonces, aparecen categorías, subcategorías y sus jerarquías que poco tienen que ver con la producción y creación artística. Entonces, hay que revisar ese preconcepto, esa definición estética de la estética, como dice Valéry, es simplemente una invención filosófica para fijar determinados campos de importancia y legitimar algunas formas de la creación artística. Pero, en realidad, la creación artística excede en mucho el campo estético, e inclusive el arte liberal.

Lo que pasa es que en ese momento se define el arte en contraposición con las artesanías, en contraposición con otras formas culturales e inclusive se lo define como una categoría, epistemológicamente. El arte estaba vinculado con la metafísica, con lo sublime, con esa idea kantiana europea. No solamente las élites pueden estar interesadas en alguna cosa metafísica de una manera no religiosa, ¿no? Entonces, nosotros estamos pensando desde hace muchos años desde el campo de las artes, desde las humanidades, desde las ciencias sociales.

Es que las artes, la creación, tienen que ver con una forma específica y nueva de percibir, que ayuda a conocer a partir de las transformaciones perceptivas, los cambios en los puntos de vista, los cambios de la enunciación de las subjetividades y también en la afección, en dejar entrar a la sensibilidad y a los afectos en el mundo, a la producción de conocimientos, con lo cual esos conocimientos se vuelven más humanos, más reales, más justos. Un conocimiento para el buen vivir, dirían ustedes.

Esto, prácticamente hoy, entendiéndolo desde la epistemología científica —y lo vimos en la pandemia—, se vuelve muy difícil, porque ya en el debate de la pandemia, inclusive en gobiernos populares, sí aparece la cuestión de la definición de la ciencia por sobre todas las cosas en el cuidado de la salud. Y nosotros hemos visto gente que no se contagió de COVID, pero que entró en situaciones complejas desde lo psicológico, desde lo anímico e inclusive se enfermó de otras cosas: por aislamientos. Entonces, a mí me parece que no se puede pensar solo en la salud desde la perspectiva de la medicina, sino desde su parte holística, digamos, fuera de la cerrada academia europea sin un pensamiento oriental, sin un pensamiento indígena que incluya otras cuestiones que no son solamente el funcionamiento de los órganos, por ejemplo. Las artes permiten esa transversalidad, esa forma de crear mejores conocimientos y de producir cambios de perspectiva y de vida.

Crearnos mundos, un mundo que no se puede pensar científicamente, en realidad, porque incluso la filosofía lo denominaría utópico. Las artes no se dejan intimidar porque se las considere utópicas. Porque, además, esa cuestión de la definición de la posibilidad es diferente en las ciencias, que es algo para que sea posible; está homologado con lo probable. Lo comprobable en las artes no está homologado, está homologado a lo pensable y eso hace que esté. La posibilidad de pensar en todo su concepto. No de

razonar, sino de pensar. La posibilidad de pensar es muy artística, mucho más incluso que la científica en ese punto. Por eso hay que deconstruir esa idea de que el arte está lejos de la razón, de esa idea platónica, vieja, antigua y negativa incluso para las artes. Porque nos dejan fuera de lo que sería la cultura de la civilización. De esa cultura que define lo importante, que clasifica lo valioso. Con las políticas contemporáneas de igualdad y de justicia social, las artes son una herramienta fundamental. Son un paso fundamental para una producción de conocimientos que permiten un mundo que tenga esas características de igualdad, de justicia y de buen vivir.

Entonces, no hay forma de evitarlas. Y ahí aparece la transdisciplinariedad en la relación con las otras formas de producción de conocimiento. Un pintor no está solamente pintando una pintura de caballete en su atelier, sino que se fija cómo funciona la percepción de las cosas que se generan, incluso de los bienes de uso. No nos ata solamente generando el placer estético de alguien que cuelga un cuadro en su *living* o que lo pone en un museo para que lo visite y para que le dé disfrute en el aula. Ya hablaba Ramiro de Benjamin, algunos privilegiados que pagan esa entrada y llegan al Louvre. Eso no me parece que sea la forma de producción artística de nuestra época.

PC: No quiero dejar de abordar lo que ha significado la relación entre ambas universidades. Se ha evocado el primer momento de encuentro en la partida de la configuración de estos proyectos universitarios. Quisiera preguntarle a Ramiro, ¿qué significó en el proceso de creación y de construcción de la Universidad de las Artes en Ecuador haber encontrado como interlocutora a Sandra, y más ampliamente a la UNA en Argentina? ¿Cuáles fueron los proyectos que se configuraron en conjunto y qué relevancia tiene esto en la dimensión regional?

RN: Fueron muchos. El encuentro con colegas ha sido revelador en muchos sentidos, pues, para avanzar se necesita interlocutores de calidad, gente con la que uno se pueda sentir en confianza. La confianza es absolutamente importante y hay al menos dos campos de confianza. Hay un primer campo de confianza en el sentido de las preguntas que nos hacemos. Y segundo, en cómo entendemos la política, y en particular, la política educativa.

Porque a veces puedes encontrar interlocutores con los cuales comulgas en pensamiento y discurso, pero cuyas acciones no necesariamente son congruentes. Me refiero a eso para señalar una de las brechas más complejas de esa educación conservadora que conocimos en el siglo XX. Y es que las universidades producen algo que aparentemente es muy valioso en el sentido de la razón, como refería Sandra, en el sentido de la verdad. Pero esto es insuficiente. Si estos conocimientos no están concatenados con el devenir de la sociedad, al final terminan neutralizándose. Y el encuentro con la UNA, y con su proceso, nos permitía ir encontrando también la energía de avanzar. Yo le llamo a eso la inercia que juntos nos dimos y que solo la conocen aquellos que saben la importancia del compañerismo, aquellos que entienden el sentido del afecto y aquellos que reconocen la solidaridad como un común elemento emancipador.

El principal proyecto fue asumir que no debíamos hacer lo que ya se hizo, que teníamos que ser decisivos frente al futuro. La Universidad de las Artes del Ecuador no se creó para volver a la idea de los conservatorios del siglo XIX. No se creó para convalidar la importancia de las escuelas de Bellas Artes del siglo XX en el Ecuador. No se creó para darle la razón a los que pensaban que la educación artística se debía y se podía hacer a nivel de una educación tecnológica. No. La Universidad de las Artes del Ecuador, y en ese sentido creo que la UNA también, se creó para perturbar esos antecedentes, para oxigenar la reflexión en el campo académico, en el campo científico y por

supuesto en el campo artístico. Y esa resonancia, esa inercia mejoró la calidad del debate en cada una de nuestras instituciones.

Como dice Edouard Glissant, esto no hubiera sido posible si no establecíamos estas relaciones con nuestras especificidades. Porque, si hay algo de potente en estas relaciones, es que todos reconocemos que el principal valor de lo que hemos hecho, intentado hacer y de lo que ya está activo, es que cada cosa es diversa. Yo siempre he estado muy agradecido con ese diálogo, con la confianza y luego con esa inspiración. Porque luego de la reinstitucionalización, digamos, de esa especie de reingeniería —ese término horrible—, vino Macri. Y estos colegas, compañeros, amigos, sufrieron el macrismo de manera contundente. Tuve la oportunidad de ir a Buenos Aires y de ver lo que nos iba a suceder, y que nos sucedió en Ecuador, al punto que tuvimos que lidiar en un contexto totalmente contrario al dispositivo de libertades que habíamos instalado y en el que tuvimos que sostener a la universidad, tanto en Ecuador como en Argentina. Fue que nosotros habíamos dado algunos pasos importantes en común, juntos. No hicimos proyectos con liderazgos únicos, sino que trabajamos a favor de las comunidades y es esa sinergia que resistió y que sigue resistiendo. Lejos de las personas y más cerca del interés común.

PC: Sandra, para continuar en este punto, Ramiro evocó los momentos difíciles en el contexto argentino y que en el Ecuador lo seguimos viviendo. Quisiera aprovechar para preguntarte sobre tu visión de esos momentos difíciles y a la vez sobre cómo esos momentos difíciles permiten hoy en día plantear los desafíos futuros para la UNA.

ST: Me gustaría profundizar en el último punto, porque para nosotros fue fundamental ese encuentro entre universidades afines, no solamente en las disciplinas o en las orientaciones que teníamos, sino también en la política. Ese encuentro fue un punto central para la re-

sistencia a un cambio de paradigma que proponía el macrismo y que creo que es un cambio de paradigma que proponen muchos gobiernos, como lo que está pasando con Ecuador: una cantidad de impresiones al respecto de que el Estado no debe gastar en educación pública superior. Acá la frase de algunos gobernantes, cuestionando las universidades en el cono urbano bonaerense de zonas pobladas por personas en dificultades económicas, era que «nunca se ha visto un pobre que llegue a la universidad». Macri decía que había argentinos que podían pagar las escuelas privadas y otros que caían en la educación pública, con lo cual directamente desvalorizada la calidad de la educación pública. Y en realidad lo que eso generaba era el justificativo para recortar el gasto de la educación pública.

Frente a este discurso, con la UArtes de Ecuador nos empezamos a organizar para trabajar en la Conferencia Regional de Educación Superior (Córdoba, CRES 2018). Realizamos varios debates y discusiones, de los manifiestos, en Guayaquil y en Chuquicpata, o los que hicimos en Buenos Aires, fueron parte del material que se utilizó para la CRES 2018 y fue en ese encuentro donde volvimos muy fuertes a las artes. En el encuentro entre colegas nos volvimos muy fuertes, presionamos mucho para que las artes estuvieran en la declaración de La Habana con la posibilidad de generar la presencia de las artes como una presencia fundamental. El Grupo de Trabajo CLACSO “Arte, Educación y Ciudadanía” es un grupo de resistencia que ganó espacio en esos foros internacionales, y que intenta sostener su trabajo en una dimensión internacional.

Desde mi perspectiva, este trabajo posicionó en un lugar fundamental a la educación superior en general, a la educación artística, a la educación humanística en las artes y a las ciencias sociales. Fuimos protagonistas en esa batalla, fuimos más allá que otras posturas, porque no tenemos esas costumbres anquilosadas. Fuimos a provocar ese discurso dormido, que no transforma nada de la aca-

demia conservadora. Y muchos de los que no se sienten cómodos en la academia conservadora se identificaron con nuestra posición. Nosotros fuimos a defender que el sistema político académico de la educación latinoamericana y caribeña no está de acuerdo con la mercantilización, con la división que se estanca en las disciplinas tradicionales, con el recorte y con determinadas políticas que hacen daño, que no respetan la diversidad. La diversidad fundamental y que en ese sentido también tiene que seguir trabajando nuestras universidades en artes para cosas que ya hicimos pero que tenemos que seguir como los métodos de evaluación, los sistemas de calificación, la forma, digamos, de acreditar nuestras producciones, que son diferentes —justamente, son diversas— y que tienen que ser consideradas igual como elementos de valor en nuestra producción académica.

PC: Ramiro, quisiera pedirte una intervención final. Siguiendo el hilo de lo que nos comentaba Sandra, ¿cuál es y en dónde están esos desafíos grandes que se imponen al proyecto universitario en artes en América Latina hoy en día?

RN: Hay muchos desafíos, pero también hay mucho terreno sembrado. Y no solo por la existencia de estas universidades, que ya es mucho. A veces no tenemos la perspectiva clara de lo que ha significado la creación de estas universidades: la UNA, la transformación de la Universidad las Artes en Cuba, la Universidad de las Artes en Venezuela y muchas facultades de artes en América Latina. Es un sistema muy amplio y muy generoso, que se ve de manera decisiva, por ejemplo, en la creación del Grupo de trabajo, que hace cuatro o cinco años no habría sido posible con esta calma en el pensamiento. Estamos en un momento que ya es otro, hubo unos puntos de inflexión, se han puesto en movimiento.

Porque crear a veces se confunde con la idea de que, con firmar unos papeles y construir un edificio, ya está. Al contrario, se ha dado lugar a lo que hemos llamado esa inercia y lo hemos hecho de manera profunda. Eso también creo que es importante. Lo digo por nuestras comunidades, que han asumido esos proyectos y esas iniciativas como una razón de ser también de sus vidas.

Ese es el primer mensaje. Entender bien la trayectoria, entender bien lo que hemos hecho, lo que estamos haciendo. Esta invitación del ILIA, por ejemplo, a mí me devuelve la palabra y por eso yo estoy agradecido. En el campo interno de la Universidad de las Artes del que fui expelido, no solo que se suspendieron mis tareas administrativas, sino que me se me silenció en términos de la docencia. Fue una suspensión de derechos a la libertad de expresión. Entonces, también hay unos símbolos interesantes que permiten disputar ese espacio de una manera honrada, ética y legítima. En el campo del futuro, en el campo lo que llama, con mucha precisión Sandra Torlucci, el de crear mundos.

Ese es un campo, no el de investigación de las artes en el sentido disciplinar; el de lo sensible. Y nosotros somos protagonistas de lo sensible y tenemos una responsabilidad muy fuerte frente a ello. Esa responsabilidad sobrepasa las instituciones y nos coloca de manera necesaria y pertinente en el ámbito de las sociedades nacionales y regionales. Y creo que el desafío es asumir esa responsabilidad de manera clara, de manera académica honesta, entendiendo a las artes como un campo necesario, que también necesita ser interrogado permanentemente. Pues es un campo que, atrapado por el conservadurismo, pierde su sustancia. Entonces, el desafío de fondo es el del buen vivir, es el desafío de mantenernos conectados con la razón de ser de nuestros pueblos más allá de todos los conservadurismos.

En ese contexto, este giro en la educación en general, y por el momento en la educación superior, es un giro absolutamente revolucionario.

Quisiéramos, obviamente, cultura para todas y todos, quisiéramos más artes en la educación y en general, no solamente en la educación. En la educación superior y no solamente en la educación pública. Más artes en todo. En el proceso formativo, en la educación formal y no formal. Más artes para todo el mundo. Eso es fundamental. Estamos convencidos de que el camino es lo público, una de las grandes enseñanzas de esta esta temporada de crisis sanitaria del COVID-19 es que lo público es el vínculo social, que es lo nos vuelve seres humanos.

PC: Les pido un mensaje final de despedida para nuestros oyentes, para los integrantes del grupo de trabajo CLACSO y para los estudiantes de sus universidades.

ST: El mejor mensaje que puedo dejar es el trabajo recorrido. A veces perdemos la perspectiva en un presente complejo, políticamente complejo. En Ecuador, por ejemplo, como también acá en Argentina, agudizado por la pandemia. Hay que tratar de elevar la imaginación y mirar lo recorrido. Mirar un camino que ya se empezó a trazar y que hay que continuar. Y en el medio puede aparecer el silenciamiento, los corrimientos, las disputas, el odio. Pero me parece que ese camino que empezó a trabajarse, y con tanta claridad y con tanta cooperación, es un camino fortalecido por la relación interinstitucional.

Y que básicamente, lo que nosotros estábamos planteando es lo que quieren nuestras comunidades educativas: que las artes se reconsideren, que se revalorizan, que se puedan generar relaciones transversales con todos los niveles educativos. Ese derecho al arte en la educación es fundamental porque va a generar sujetos/sujetas con mayores perspectivas, con mayores amplitudes y con menos pensamientos únicos.

Por supuesto que dejar de tener prejuicios en el campo de las artes, seguir con niveles de prejuicios y resentimiento social, hay que trabajar inclusive pensando cómo desarrollar nuestro país, cómo mejorar nuestras calidades de vida. Nuestras universidades son fundamentales en ese camino, somos deudoras, las universidades, de nuestros pueblos y somos las que tenemos la responsabilidad de colaborar con el Estado más allá del gobierno que lo ocupe, para mejorar esas condiciones de vida y esas desigualdades. Así que seguiremos trabajando para eso. Agradezco a CLACSO muchísimo porque nos ha permitido un lugar de encuentro en este grupo de trabajo fundamental y, por supuesto, como siempre, un abrazo inmenso, fraternal y cariñoso para la UArtes y para Ramiro.

RN: Estas voces que son las nuestras, hoy. Solo hacen sentido si se expresan todas las otras voces, mientras más participaciones tengamos en este fin, en estos espacios de diálogo y hablemos más de esto, de la educación en artes, de la investigación, de las culturas de nuestros pueblos. A partir de ello, podemos generar un verdadero movimiento que es el que nos hace falta. Pienso que esa es una de las grandes lecciones que hemos sacado. Hay que tener esperanza, hay que decirles a los estudiantes que cursan nuestras universidades que ellos son el verdadero motor de estas universidades. Su deseo, su visión, la decisión personal de ellos, la decisión de ellos con sus familias. En sus mundos, en sus afectos. Sin ellos ninguna de estas utopías habría sido posible entonces. A ellos hay que extenderles. A ellas, a ellos. A ellas hay que extenderles un agradecimiento y un reconocimiento. Porque ese es el camino.